

Conoce a FERNANDO RODRÍGUEZ BADIMÓN (Barcelona, 1970) en un curso titulado "Escriure la vida" que dimos Arcadi Espada, Anna Argemí y yo misma en la Universitat Pompeu Fabra (IDEC), de marzo a junio de 2000. De todo el grupo, sobresalta su interés central y obsesivo por la escritura autobiográfica: con treinta años lleva escritos un centenar de cuadernos. Reparé en él cuando en la ronda de presentaciones- todos esbozamos una respuesta a la pregunta sobre la propia identidad - y Fernando habló de sus diarios. Ahora colabora en la UEB y se ha encargado de la edición del Boletín. El diario para él es el registro puntual, directo e inmediato de lo que vive, lo que ve, lo que siente. Considera el diario como una extensión de sí mismo, o de los sucesivos estratos de su personalidad. Con el tiempo, ese acto cotidiano, regular, casi constante de anotar lo que sucede a su alrededor ha ido generando unos rituales y protocolos ("las normas" las llama) (véase 073-011) cuya especificidad dejamos para una próxima ocasión pues ahora mismo tienen ya tanta importancia como la escritura que acogen.

Publicamos unas páginas de su libreta número 73, seleccionadas por el propio Fernando. La edición reproduce fielmente tanto el contenido como su estilo particular. Su permanente preocupación por el tiempo se refleja en la forma de iniciar una nueva entrada: los días de su vida más los minutos de ese día. El superíndice marca los cambios de página.

A.C.

Fernando Rodríguez Badimón

El suelo de la madurez

10360+1073 073-001

EN LAS OFICINAS de objetos perdidos a las que esta mañana he acudido, la ferroviaria de la estación de Universitat y la municipal, no me han sabido dar razón de la libreta a la que ésta sustituye, así que no me queda más remedio que darla por desaparecida, como no sea que quien la haya hallado tenga interés en conocer al autor de la caligrafía diseminada a lo largo de los dos tercios iniciales de ese cuaderno, y cuyo tramo final habrá de permanecer virgen, al menos respecto de esta mano, que llevaba una semana sin haber vuelto a tomar la pluma, el mismo tiempo transcurrido desde ese doloroso extravío, del que ⁰⁷³⁻⁰⁰² tuve conciencia al salir de la estación de metro y ver que había emergido a la superficie sin más papel que el del periódico adquirido pocos minutos antes, en el vestíbulo de la estación de Sagrada Família. Es la primera vez que esto ocurre, en quince años de diario

10360+1073

En las oficinas de objetos perdidos a las que esta mañana he acudido, la ferroviaria de la estación de Universitat y la municipal, no me han sabido dar razón de la libreta a la que ésta sustituye, así que no me queda más remedio que darla por desaparecida, como no sea que quien la haya hallado tenga interés en conocer al autor de la caligrafía diseminada a lo largo de los dos tercios iniciales de ese cuaderno, y cuyo tramo final habrá de permanecer virgen, al menos respecto de esta mano, que lleva una semana sin haber vuelto a tomar la pluma, el mismo tiempo transcurrido desde ese doloroso extravío, del que

Íntimo todavía no había sufrido una definitiva separación tal como la que ahora me aflige. He dicho antes que estas páginas que ahora empiezo sustituyen a aquellas otras, olvidadas en un vagón, bajo los túneles de la ciudad a la que ese mismo día había llegado, tras un mes de ausencia. Pero no es una sustitución,⁰⁷³⁻⁰⁰³ no reemplazo aquella libreta por ésta que no puede aspirar más que a ser su continuación, porque difícilmente podría aproximarme a la veintena de textos, a uno por día desde que este año comenzara, con los que la fui poblando de los pensamientos, sensaciones y escenas de entonces. Esa crónica se ha esfumado, esas muestras de mi vida pertenecen ahora a quien las encontró, si posee un poco de sensibilidad intentará ponerse en contacto conmigo, ésa es mi esperanza. Durante los últimos días había estado fantaseando sobre el tipo de persona que tiene en su poder esa libreta *Claire-Fontaine* de tapas verdes y ciento noventa y dos páginas. ¿Aprovechará las sesenta y cuatro que quedaron en blanco? ¿Tendrá la poca delicadeza de arrancarlas y llevárselas dobladas al supermercado como lista de la compra? Muchas preguntas. Hasta se me ha antojado la idea de un relato sobre las consecuencias que puede llegar a⁰⁷³⁻⁰⁰⁴ suponer esta circunstancia, la variación en la propiedad de un objeto tan personal, en principio no apto para ser compartido. Lo que sé muy bien es qué haría yo si un día me encuentro un cuaderno como éste. Lo leería con avidez comparativa y buscaría algún detalle que me permitiera contactar directamente con el autor. De no encontrarlo, insertaría entre sus páginas un post-it con una nota y mis señas, e incluso una fotocopia de esto mismo que ahora estoy escribiendo, y lo entregaría en objetos perdidos, quedando a la espera de que el autor, al recuperarlo, considerara la posibilidad de conocerme, no para agradecerme el favor, sino a fin de intercambiar experiencias.

Me viene ahora a la cabeza una solución: que, tras la lectura, al desconocido que ahora tanto sabe de mí se le ocurra enviar el cuaderno al ayuntamiento de Titaguas. En la última frase le hice referencia: "esta noche iré al pleno consistorial, quizá el último al que vaya en unos cuantos meses". Sirva como enlace.

10360+1120

10362+0713⁰⁷³⁻⁰⁰⁵

TRATARÉ DE CONDENSAR la sustancia de todos esos días perdidos, aunque sé muy bien que me será imposible recuperarlos con el mismo sabor de inmediatez, de crónica casi instantánea, presente en esos textos que ya no tengo bajo mi control. De cuanto puse en esa libreta, el detalle más significativo es el que marca el fin a un año de mi vida invertido en otro estéril amor platónico que añadir a la ya muy larga lista. La certeza del hundimiento de mis esperanzas la tuve dos días antes de perderla, dos días antes del retorno a Barcelona. Fue por la mañana de aquel lunes, cuando acudí al horno de la cooperativa, casi a⁰⁷³⁻⁰⁰⁶ sabiendas de que a su cargo encontraría a esa chica cuyo nombre tantas veces consta en el cuaderno extraviado, puede que unas cuarenta, y el trazo del cual ahora prefiero evitar, porque duele su recuerdo, si bien desde ese fatal instante ha corrido una semana y media, y ya he conseguido deshacerme de aquella continua presencia suya en mi mente, lo que no lograré es borrarla por completo, al menos en estos primeros meses de regreso a una soledad sin expectativas.

El momento más intenso del cuaderno olvidado en un vagón de metro de la línea dos, la violeta, es éste que ahora voy a repetir:

Entro a la panadería y compruebo⁰⁷³⁻⁰⁰⁷ que quien hay tras el mostrador es, en efecto, ella, la chica en la que he tenido depositados todos mis anhelos de amor durante el último año. Me acerco, ella conoce la verdadera causa de mi visita, pero me pregunta si vengo a por pan, sí, me sirve una integral de cuarto, se la pago con una "chocolatina", a cambio me devuelve otra moneda, la agujereada de veinticinco.

- Tengo que decirte una cosa.

Ella baja los ojos. Prefiere no escuchar para así no tener que pronunciarse al respecto. Pero el pretendiente no puede permanecer más tiempo sin un veredicto claro y concreto a lo que en ella parecen veleidades y en él permanente desasosiego. Debe pronunciar ante ella esas palabras. Lo que luego ocurra ya no cuenta. Debe liberarse del⁰⁷³⁻⁰⁰⁸

bucle, de la rutina de alejarse otra vez de ella sin saber si es correspondido.

- Tengo que decirte una cosa -tono farfuleante, humilde, desorientado, ahogado. Ella mira al suelo-.

- Mírame -tono no imperativo, sino quejoso, suplicante, incluso pueril-.

- Estoy enamorado de ti

- Lo sé. Pero yo de ti no.

- Entonces eso es todo.

Y el desdichado coge la barra de pan, se da media vuelta y sale del establecimiento. En la puerta se cruza con quien ahora ya sabe que no será su suegro. Se vuelve a casa. Deja el pan sobre la mesa y decide que ahora lo que más le conviene es aprovechar el tiempo, toma las fotocopias⁰⁷³⁻⁰⁰⁹ de la asignatura de economía y durante dos horas intenta estudiar. El ritmo de lectura es inferior al habitual, la amarga sensación de derrota es aún muy reciente, la herida tardará en cicatrizar. Sale a la calle a airearse. No tiene las cuerdas vocales bien dispuestas, sabe que en cualquier momento romperá a llorar, se escabulle de la gente, le parece que su rostro triste refleja, translúcido, qué le ocurre por dentro, le da la extraña sensación de que todo el mundo está ya al corriente de su decepción y se burlan de su desgracia. Precisamente ha de ser con allegados de sus dos anteriores frustrados amores con quienes coincida. El autor de la jornada ha⁰⁷³⁻⁰¹⁰ dispuesto los personajes de manera que él se sienta cada vez peor.

Vuelve a casa. Ha de prepararse la comida. Contempla la barra de pan tocada por esas manos menudas que nunca acariciará. Lleno el estómago, se va a tomar el cortado descafeinado al lugar habitual, sabe que allí la verá de nuevo, duda por un instante sobre la conveniencia de tenerla cerca ahora que conoce el error en sus percepciones. Pero resuelve que no ha de variar su comportamiento con el resto de personas. Ella llegará acompañada, como eludiendo toda posibilidad de que él pueda nuevamente abordarla en solitario. Él no se⁰⁷³⁻⁰¹¹ unirá a la mesa habitual, con sus amistades, las comunes, pero que lo son más de ella que de él, es su pueblo.

Permanecerá quieto, solo, leyendo el diario.

Se hace tarde, las luces de esta biblioteca de la calle Gran de Gràcia se van apagando.

Momento presente, viernes en Barcelona, la pluma se desboca por acabar esta cuartilla y llegar a la página par, en cualquier momento me llamarán la atención.

Tendría que haber... ya está, ya me han echado, y ahora escribo sentado en las escaleras del piso superior, pues debo cumplir el ritual, y terminar en página par, repito, según marca la norma. Desastroso estreno el que con mi⁰⁷³⁻⁰¹² improvisación le estoy dando a este cuaderno, que nace lastrado por la pérdida del que le precede.

Poco más hay que contar de aquella infausta jornada. Al volver de la Tasca. tras un rato de lectura del diario, sin haber hablado apenas con nadie, empecé a ordenar la casa. Abajo estaban los albañiles, que aquella misma mañana habían empezado las obras de reforma con la destrucción del antiguo lavabo.

Empecé por hacerme la cama, y fue entonces cuando lloré. Me miré en el espejo del armario, escruté ese semblante compungido. No lloraba desde hacía casi año y medio, exactamente seiscientos seis días.

10362+0787

* * *

10380+1149⁰⁷³⁻⁰¹³

INTIMIDAD DE PAPEL a la que regreso con dos semanas y media en blanco, tiempo carente de historia, la poca que en él haya habido casi no merece ser contada, días absurdos de reclusión, de estériles intentos por dotarme de ideas acordes con mis más íntimas convicciones. Trámites burocráticos, crucigramas de diarios atrasados, horarios de sueño trastocados, pocas personas en la escena de mi vida.

Cuatro semanas se cumplirán mañana de mi retorno a Barcelona, casi un mes que ha transcurrido de modo poco productivo, durante el que he ⁰⁷³⁻⁰¹⁴ navegado a la deriva, lo digo así porque creo que estos días de confusión, despiste y tedio han llegado a su fin, aunque es pronto para cantar victoria, porque ésta es tan solo la segunda jornada de horarios normales.

El hecho significativo que rompe con esa reciente crisis, de la que me atrevo ya a empezar a hablar en pasado, es éste, ver la pluma desenvolverse sobre el papel, desinhibida, sin mucho interés en lucirse, movida más que nada por dejar un reflejo de los malos días, etapa a la que hoy echo el cerrojo. Apenas he mantenido contacto con mis familiares: a casa de mi abuela paterna he ⁰⁷³⁻⁰¹⁵ acudido en tres ocasiones: el mismo día de mi llegada, que fue miércoles; el sábado siguiente, cuando además estuve con mis hermanos, Vicente, la primita Natàlia y sus padres, a quienes ya no he vuelto a ver desde ese día; y dos sábados después, una tarde que pasamos solos mi abuela y yo. De su primogénito, mi padre, nada sé desde principios de diciembre, hace ya dos meses y medio, parece que no hay ninguna muestra de interés en regar ese vínculo paterno-filial, que seguirá languideciendo como no nos decidamos a evitarlo. Pero allá lejos se fue él, a más de una hora en tren, a un piso del que tiró un tabique para ampliar el comedor y de paso eludir la presencia finisemanal de algún hijo. Supongo ⁰⁷³⁻⁰¹⁶ que antes de que termine el mes restableceremos, en la medida, escasa, de lo posible, el contacto.

Durante estos días he ido dejando crecer la barba, que exhibo asilvestrada, también la cabellera se ha ido alargando, son ya once semanas y media sin cortarla, que buena falta ya le hace. No me siento a gusto con la impresión que doy, mi aspecto no incita a la confianza en quien no me conoce. Ahora debía llevar algo así como un lustro, quizá más, desde la última vez en que tardé tanto en volver a visitar al barbero. En este sentido, el presente invierno se hermana con el de hace dieciséis años, la estación posterior a la de las intervenciones quirúrgicas, ⁰⁷³⁻⁰¹⁷ cuando por rebeldía, pero sobre todo por expresar mi descontento con lo injusta que la vida estaba siendo, o había sido,

conmigo, me dejé crecer una melena que no llegó al medio año, pero casi. En esta ocasión no voy a ser tan radical, dejaré pasar este mes, y antes de la primavera me la haré rebajar. Primavera. Precisamente esta mañana, cuando todavía faltan más de cinco semanas para que empiece, he podido contemplar ya la primera valla publicitaria de esos grandes almacenes, frente al Instituto Químico de Sarrià, en la Via Augusta, por donde pasaba yo cuando no debía hacer ni dos horas del alba, pues hacia esos barrios he marchado de casa poco ⁰⁷³⁻⁰¹⁸ después de las ocho de la mañana. Estaba citado desde la semana pasada para unos tests de orientación laboral. Un par de horas me he pasado allí entretenido. He expresado sin ambages mis preferencias. Dentro de un mes me enviarán por correo los resultados. Lo más probable es que de poco me sirvan, porque me dirán lo que ya sé; tantos miles de cuartillas escritas han generado una autoconciencia de mayor amplitud que la común. Tengo muy claro que no hay sitio para mí en tareas muy alejadas, o sin relación, con la escritura.

Decía hace poco que ha sido escaso mi trato con personas allegadas durante estos días de vegetación y resistencia en un entorno de ⁰⁷³⁻⁰¹⁹ cuya hostilidad soy en parte inductor. Del pueblo he vuelto inmerso en un espíritu de derrota que no es hasta estos momentos que empieza a evaporarse. No me ha preocupado dar un aire de depresión a mi imagen, he considerado de lo más normal que tras la abrupta caída del estado anímico experimentada en la mañana de aquel penúltimo lunes de enero, tuviera que pasar una época de desconcierto. Lo lamentable es que haya tenido que coincidir precisamente con las semanas de exámenes. No me he presentado a ninguno, pese a que al menos dos de las cuatro asignaturas las tenía bien encarriladas. Pero cuando estoy sumido en la inapetencia me cuesta mucho contrarrestar ese ⁰⁷³⁻⁰²⁰ freno. Tampoco he ido ningún día a Terrassa. Ahora mismo tendría que estar volviendo de allí, tras las clases de Instituciones del Derecho Privado y Teoría del Estado. Pero se me hacen muy largos esos viajes. Ni siquiera he visitado la oficina en la que me ceden un ordenador, tan frecuentada durante el pasado otoño, tan fructífero que resultó para las transcripciones informáticas de manuscritos míos como éste. Y dentro de tres días Vicente

y Pili viajarán a Titaguas para no faltar a su carnaval. No les acompañaré. Ayer hablamos mi cuñado y yo por teléfono. Le expuse mi intención de quedarme y él no dio crédito a lo que oía, y empezó a insistirme, a intentar sacarme del error. Pero no lo hay. Aún no le he contado el motivo.

Por último, una noticia: "Ya soy jefe", me dijo Vicente hace diez días: ha sido nombrado director de la sucursal.

10380+1221

* * *

10385+1122 ⁰⁷³⁻⁰²¹

OJEADA COMPLETA la que acabo de dar a la docena de hojas precedente, en cuestión de menos de un cuarto de hora, aprovechado también para marcar alguna modificación a lápiz. Corría el riesgo, de no haber repasado ese tramo, de incurrir en desconcertante contraste con lo que había escrito hasta ahora, pues las circunstancias han ido cambiando a mejor, de modo que ya me encuentro en condiciones de afirmar que la época oscura que por fuerza tenía que seguir a un desengaño amoroso ya se ha desvanecido. Así pues, impregnado del doliente matiz presente en mi vida hasta hace escasas fechas, me lanzo a ofrecer una continuación coherente con todo lo que hasta aquí puede leerse, y dejar para más adelante las ⁰⁷³⁻⁰²² referencias al presente. La responsabilidad me dice que he de proceder tal como acabo de manifestar, pero la apetencia es otra, contar los hechos de estas últimas jornadas de remonte hacia la línea de estabilidad que mantuve a lo largo de casi todo el año anterior, cuando contemplaba optimista el horizonte, apoyado en unos cimientos que luego resultaron de barro, propulsado por una fuerza motriz que a la postre se demostraría ficticia.

Mes entero, más un día, el transcurrido desde el retorno a mi ciudad natal, a cuyos ambientes, que en parte parecen como nacidos de la nada, si bien sé que esa sensación de desarraigo es otra más de mis hiperbólicas creaciones, me voy reintegrando, ⁰⁷³⁻⁰²³ espero que esta vez con mayor acierto que en otras ocasiones. Volví con voluntad de ermitaño, de

practicar una monástica reclusión que sirviera de penitencia por los pecados de soberbia cometidos. Pero he terminado por darme cuenta de algo que ya sabía, que el tiempo corre y no conviene derrocharlo, es nuestro mayor capital, en este caso el único, porque llevo ya muchas semanas estirando el otro, el monetario. Esta es la situación, menos grave de lo que semeja, deseo creer, porque el salvavidas no tardará mucho en serme arrojado. Entonces ya no se tratará de seguir habitando en las nubes como hasta ahora, sino de buscar la manera de llegar a la costa y una vez sobre tierra firme no perder ya nunca más, es decir hasta la vejez, que tan lejana me parece todavía en esta eterna juventud, desde ⁰⁷³⁻⁰²⁴ estos años que la han de rematar, no perder nunca más, repito, el timón de mi existencia.

La semana que concluye ha dado mucho de sí, en comparación con las que la precedieron. Durante este mes de extravío en mis objetivos no llegué a perder la conciencia de lo muy sencillo que resultaría salir del estado de letargo: bastaría con regular los horarios de sueño, a fin de que fuera por las noches cuando me vinieran las ganas de dormir, y no al alba, como estuvo sucediendo durante esas fechas. Puesto que no podía pegar ojo, en algo debía emplear tantos minutos en vela: escuchar la radio y resolver crucigramas.

10385+1165

* * *

10387+0466 ⁰⁷³⁻⁰⁷³

(salto de 7 páginas)

⁰⁷³⁻⁰⁸⁰ no lo he ejercido. Bien, todo esto venía a cuento de mi idea de pasar la tarde en una biblioteca universitaria. Hasta la de Rambles me daba pereza bajar, pese a llevar conmigo el carnet que a finales de este año me caduca, y a la de Gran Vía dudaba si acercarme al carecer de la certeza de si la encontraría o no abierta. Sólo dos veces he estado en ese edificio, a la primera ya me he referido líneas más arriba, la otra fue hace quince meses, en una disertación de Francisco Umbral, de quien todavía no he leído nada fuera de algunos sueltos de prensa, y que acaba de publicar uno perteneciente ⁰⁷³⁻⁰⁸¹ al

género que con tanto desafuero vengo practicando estos últimos días. Pude hojearlo el viernes pasado, cuando atraído por un anuncio publicado en el diario *Avui* renuncié a tres horas más en la biblioteca de Gran de Gràcia y encaminé mis pasos hasta El Corte Inglés de Portal de l'Àngel, inaugurado la pasada primavera, si mal no recuerdo, pues allí era donde uno puede inscribirse, mejor dicho, preinscribirse, en un curso gratuito sobre la creación literaria y la edición. Cogí unos cuantos folletos, para repartirlos entre mis compañeros del Aula de Escritores, y leí su contenido, que me resultó enormemente atractivo. Pero pronto me derrumbé, al caer en la cuenta de que no se trata sino de una maniobra comercial ⁰⁷³⁻⁰⁸² de recogida de datos. El límite para apuntarse concluye mañana, mi reticencia a hacerlo se origina en la serie de datos demandados, tampoco muchos, la verdad, poco más de una decena: el nombre, los apellidos, la edad, la dirección y la ciudad, comunes a todo aspirante, y la titulación universitaria, la profesión, la empresa, el teléfono, el fax y la dirección electrónica, no obligatorios, pero que visten.

Se me acaba de ocurrir una idea: a falta de carrera concluida, empresa y profesión definida, lo que puedo probar es a añadir un texto demostrativo de mi ⁰⁷³⁻⁰⁸³ por ahora sólo presunta valía literaria, por ejemplo este mismo, a fin de que quien haya de realizar la selección se guíe por un criterio diferente del que sospecho, las posibilidades económicas de los escogidos. Aunque si es gratuito, tal suposición resulta absurda, primará más el potencial que dé a entrever el nivel de estudios. Pero entonces, ¿por qué se pide que sea consignado si el aspirante goza de un puesto de trabajo?

En fin, que quizá llevé a la práctica el plan cuyos trazos no hace mucho rato que lleva alboreando en mi mente. Fotocopiaré esta doble página y la anterior, y las incluiré dobladas y pegadas con celo en el folleto de inscripción, y esperaremos unos días a comprobar si la treta nos da resultado. Pero volvamos ahora a (...)

(elipsis de 86 pág.)

* * *

10391+0597 ⁰⁷³⁻¹⁴⁵

(...)

⁰⁷³⁻¹⁵⁵ vestirme. Todavía no sabía cómo distribuir el día. Esquematicé dos opciones: la A consistente en estarme de once a una en la biblioteca de Gran de Gràcia leyendo diarios, y luego en casa pasar las siguientes tres horas pluma en ristre frente a este cuaderno, para comer a las cuatro y media, y a las cinco ducharme e irme otro rato a la citada biblioteca, hasta que fuese la hora de acudir al Aula de Escritores; en la B se encajaban los mismos elementos, pero escalonados de otra manera, en vez de ir por la mañana a la biblioteca me quedaría las siguientes tres horas escribiendo, en casa, luego comería, vería el correspondiente capítulo de *Laberint d'ombres* -de la que poco a poco, conforme voy ampliando el abanico de mis actividades, me voy desenganchando-, a cuyo término me ducharía para luego salir a pasar ⁰⁷³⁻¹⁵⁶ un par de horas a la biblioteca, y de ahí irme al Aula de Escritores a poner colofón a la jornada. Pues bien, ni una ni otra, como casi siempre la opción que acabó imponiéndose fue la C, o la X, si se prefiere, que a continuación paso a detallar con toda profusión: me acordé de que aquel era el último día para echar la solicitud de admisión en el curso *Com neix un llibre* en el buzón a tal efecto dispuesto en la primera planta de los grandes almacenes de Portal de l'Àngel. Así que varié la parte matinal de mis planes. Ni me quedaría ⁰⁷³⁻¹⁵⁷ en casa escribiendo, opción B, ni me iría a la biblioteca de Gran de Gràcia a leer la prensa, opción A.

No serían aún las once y media cuando salí de casa, ya con una idea clara de cómo usar las siguientes horas, que acabaría por cumplirse. Bajé mi calle hasta poco antes de la Travessera. Entré en una tienda dedicada exclusivamente a las fotocopias y pedí que me hicieran un par, correspondiente a las páginas ochenta a ochenta y tres de esta misma libreta. Problemas. Pese a los márgenes, no acaba de encajar. Se habría de hacer en doble tamaño, dice la mujer, muy nerviosa, tan solo pendiente de despacharme lo más rápido posible para así poder continuar otro trabajo de fotocopiado cuya entrega le es más urgente. Se empeña en que ha de copiar las páginas por ⁰⁷³⁻¹⁵⁸ separado.

Casi no me deja hablar. No me importa que haya palabras que queden cortadas si por el contexto ya se entienden. Es más, lo prefiero así, por preservar una pequeña parte de esta intimidad que ahora voy a ofrecer como cebo, sobre la que aspiro a despertar la suficiente curiosidad en quien me lea como para que no pueda resistir la tentación de ponerse en contacto conmigo. La obtención de la fotocopia buscada, a doble cara, precisará de seis pruebas anteriores. Pero por fin ya la tengo. En vez de pagar esas, compro un abono de cien por cuatrocientas cincuenta pesetas. Sí, conozco sitios en que van a dos, y no a cuatro y media. Pero por ahora no sé de ninguno que haya en este barrio. El ⁰⁷³⁻¹⁵⁹ más barato y próximo es éste. Antes de irme, pego con celo la fotocopia, cuidadosamente doblada a modo de tríptico, al boleto en el que he consignado mis datos.

Menos de una hora tardo en depositarlo en su buzón de destino. Hasta allí he llegado a pie, y así voy a seguir para alcanzar la Pompeu Fabra de Rambles, cuyas acera y calzada más próximas están en obras. Entro a la biblioteca, y antes de buscar un sitio me detengo ante una pantalla para consultar bibliografía. El libro *Lleó l'Africà*, de Amin Maalouf, cuya lectura me quedó a medias el pasado verano por un error de compaginación -a mi ejemplar le faltan unas cuarenta-, ya se halla en el catálogo de la UPF. No parece que haya mesas libres, es tiempo de exámenes, aunque tras mucho mirar consigo hacerme con un hueco cómodo. Antes de ponerme a escribir en este cuaderno, me (...)

* * *

10393+1028 ⁰⁷³⁻¹⁶⁹

FIN DE ESTE CUADERNO previsto para ayer que por cansancio, tras una caminata de una hora y cinco minutos entre los techos de ambas abuelas, buena parte de la cual transcurrió por la recién estrenada Diagonal -ayer fue el día de su ficticia boda con el mar-, por agotamiento, decía, quedó postergado hasta la siguiente fecha, ésta de hoy, en la que empieza el mes que consigo trae el cambio de estación, una primavera que a muchos nos parece que se ha adelantado, pues son ya varias las semanas de temperaturas suaves y también de

escasez de lluvias, que puede ⁰⁷³⁻¹⁷⁰ conducir a un período de restricciones de agua si el fenómeno no se invierte.

Pero no he venido hasta aquí a hablar del tiempo atmosférico, como si de soltar cuatro insustanciales frases de ascensor se tratara, sino a continuar con el relato de estos días allá donde anteayer lo dejé. Que pueda clausurar esta libreta y a la vez conseguir alcanzar el punto actual bien sé que es imposible, como no sea a base de un forzado resumen del centenar de horas que me resta pendiente. Era ayer, como ya he dicho antes, cuando tenía que ⁰⁷³⁻¹⁷¹ haber finiquitado estas páginas. Sin embargo, ha ido bien que su uso activo, el de la escritura, se haya prolongado un día más, pues gracias a tal circunstancia puedo dar respuesta a una incógnita planteada en páginas anteriores, en concreto entre la ochenta y la ochenta y tres, y a la que luego vuelvo a referirme en... -un momento, que lo voy a contar...- la ciento cincuenta y seis.

Pues sí, me han seleccionado para participar en ese curso de dos horas semanales, los jueves, a partir del que viene y hasta mediados de junio, que tendrá lugar en la sexta planta de El Corte Inglés de Portal de l'Àngel. Mi estratagema ha surtido ⁰⁷³⁻¹⁷² efecto. Aunque ahora me da la sensación de que ha sido excesivamente sencillo, quizá no hayan sido tantos los postulantes como me suponía. Pero mejor será que no haga mayores conjeturas hasta conocer la composición del grupo del que voy a formar parte. Una de las consecuencias de haber sido escogido será la imposibilidad de seguir asistiendo a las clases de Lluç Berga y Susana Giner en el piso de la calle Maignon. También puedo ir los miércoles. Pero el ambiente de los jueves es más agradable, hay más chispa. No sé si continuaré yendo al Aula de Escritores, ⁰⁷³⁻¹⁷³ lo he de decidir. Por de pronto, esta semana no. Las tres próximas tardes las tengo ocupadas: mañana martes, y de esto llevaba días queriendo hablar, acudiré a la UPF de Balmes, que ahora es el Institut d'Educació Contínua, donde se presentará un curso trimestral que lleva el título de *Escriure la vida*, bajo la dirección de los profesores Arcadi Espada, de quien hace un año leí su crónica *Contra Catalunya* -atraído por su título, tan habitual en labios de mi abuela Montserrat, sobre todo en períodos electorales-, y Anna Caballé, a los que en

persona no he visto más que una vez, fue hace quince meses, en aquel acto literario con Francisco Umbral al que más atrás ya he hecho referencia. Me hace ilusión apuntarme, pero hay un obstáculo que, de proponérmelo, puede no ^{073-174 fin}

(misma entrada, salto de 16 pág.)

⁰⁷³⁻¹⁹⁰ podría haberme quedado en pie, pues me sentía ya bastante descansado, pero preferí guardar un poco más de cama, por compensar las recientes noches insomnes. A las diez y diez empezaba el viernes, pero éste es un día que tendrá que esperar a la siguiente libreta para ser contado, porque en ésta ya no cabe.

Últimas líneas de un tomo que nació sin ver concluso su predecesor, extraviado en un vagón de metro. Me pregunto qué uso le habrá dado su nuevo dueño. Quizá vaya otra vez a las oficinas de objetos perdidos, por si quien encontrara aquella carpeta negra -los asientos de la línea son de ese color, de ahí el descuido- ya hubiera podido ⁰⁷³⁻¹⁹¹ hacer un hueco en su agenda para llevarla. También podría ser que pretenda ponerse en contacto conmigo por otros medios, por ejemplo insertando una nota en una revista de anuncios gratuitos. Pero a saber cuántos canales de este tipo hay. También a mí se me ha ocurrido -mal uso del también, como si diera por seguro lo que sólo es mi deseo- probar alguna manera alternativa. Para recuperar la libreta perdida podría hacer fotocopias de la primera página de ésta, y pegarlas en todas las estaciones de esa línea, pero alguien lo podría considerar un acto

ilegal. Las paredes de la línea dos están limpiísimas, no hay inscripciones vandálicas, tampoco hay publicidad. En ⁰⁷³⁻¹⁹² fin, que no he ahogado las esperanzas de que algún día regrese a mis manos esa libreta. Un cuaderno que, por quedar incompleto, se alza como símbolo, se erige en bisagra entre los que podríamos denominar escritos de juventud postadolescente y esta nueva etapa, para la que no se me ocurre lema alguno. ¿El suelo de la madurez?

El corazón vacío, el alma relajada, la cabeza activa, y la confianza en que lograré salir del atolladero, mucho más alta de lo que se imagina el entorno.

10393+1201

